

Puntos sobre las íes en la literatura colombiana

TERCERA PARTE

Escribe: LUIS VIDALES

XX — RAFAEL POMBO

No tiene nada de raro que a estas alturas no exista acuerdo sobre el valor del poeta bogotano Rafael Pombo. Entra en ello no solo la ausencia de crítica capaz de encuadrar su obra, con profundidad verdadera, y separar de ella el orujo y la uva, sino también el relativo olvido en que suelen caer en el país las figuras del pasado.

En otros de nuestros países, más atentos al cuidado de sus sanas tradiciones, se mantienen vivos la llama del recuerdo, la exploración y difusión de la obra y el nombre de quienes pasaron la oscura frontera, en asociaciones o agrupaciones de "amigos" o "admiradores", además de que la educación los inculca en el ánimo de las nuevas generaciones, desde la época de los palotes, siendo motivos de análisis y orientación crítica en la ya más substancial del período liceano.

Entre nosotros, alejados de ese ejercicio fecundo, unos exaltan a Pombo como una de las luminarias líricas del estro castellano, en tanto que otros le escatiman dones tan altos.

La verdad es que Pombo se nos aparece como poeta de diametración muy holgada, y si por ella debe medirse a un cantor, no hay duda de que se trata de caso excepcional en la poesía colombiana, en la que el creador cae con generosa facilidad (la de la línea de menor resistencia) en el recetario poético y en la repetición (del tema, del acento monocorde y del universo explorado). En la producción de Pombo, reunida en cuatro gruesos volúmenes, tres de sus poesías originales y uno destinado a su labor de traductor en el que aparecen poetas ingleses, franceses, italianos, latinos y portugueses, encuentra el lector avisado la explosión de toda la gama de la poesía (lírica, filosófica, descriptiva, satírica, humorística, dramática).

Uno de sus poemas, la *Hora de tinieblas*, sobre el cual se han tejido las consejas que corresponden a los medios moralmente estrechos, lo que le condujo, según parece, incluso a negarle su paternidad, es una vasta

creación en el sentido de la más robusta filosofía de la vida; un apóstrofe profundo y emocionado, de poderoso raciocinio y alta lírica, acerca de los designios de un ser supremo que ve con impavidez las injustas desgracias de sus criaturas. Con lente retardatario y moral recortada, podría calificársele de blasfemo. Pero lo que surge de allí, como reproche, es algo que el alma del hombre ha sentido entrañado alguna vez en su vida. No ha habido gran poeta del mundo que no sienta esta condición de negativo dominio que hizo decir a Goethe "todo cae en la naturaleza", ni ha existido filosofía que deje de considerar en sus visiones del universo este predominio de hostilidad en que la criatura, indefensa, debe moverse. Esa índole de enemistad de la materia en movimiento perpetuo que el hombre debe afrontar, y vencer o ser arrollado, y cuya implicación ética él ha querido emparentar con las "fuerzas del mal", es de tal modo persistente, de tal modo consecuente, de tal modo dominante e irreversible, que en los símbolos de la mente humana podría aparecer, ahondando un poco, como el triunfo del demonio en la tierra, con el agravante de que en el orden social él se reproduce con exactitud desesperante contra las inermes criaturas. Este terrible peso específico de lo negativo, guerreante, implacable y sin alma que cae permanentemente sobre el ser desprevenido, creando en su ánimo tan violentas modificaciones, no hace más que agravarse en civilizaciones como la de Occidente, en las que la base fundamental es la de discurrir de una manera y obrar de otra, en dos caras de un Jano tremendo, en que la acción abominable circula por debajo de las hermosas palabras.

Pues bien. Ese realismo, elevado a la más alta cumbre poética en la *Hora de tinieblas*, no se parece en nada a la obra de un poeta mediano o simplemente bueno. Es algo más, es mucho más, como lo son muchos de sus magistrales sonetos, dentro de los que descuella el dedicado a la vejez: "es la vejez viajera de la noche", sus premoniciones nacionalistas como la de su poema de *Nueva York* y, dentro de las desigualdades de tan vasta obra como la suya, no pocas en verdad de las producciones del espectacular registro de su inspiración.

Como fabulista le ha sido enrostrada su procedencia desde Esopo hasta Iriarte y Lamartine, pero lo cierto es que con sus fábulas se han levantado y siguen levantándose las generaciones colombianas hacia los campos de la imaginación y del sueño.

Caudaloso por su riqueza verbal, por el acervo de sentimientos humanos que entran en su poesía y, por sobre toda otra consideración, por el diámetro de su universo, unidad de medida no descontable en el verdadero enfoque crítico de un poeta, Rafael Pombo, también insigne traductor, es lo que en otras literaturas recibe el calificativo de "poeta nacional". Tal denominación se le dio en alguna ocasión (al ser coronado) aunque no por consenso del pueblo.

XXI — LA MARIA

De cuando en cuando, hace su aparición el colombiano que se permite opinar despectivamente sobre la *María*, de Jorge Isaacs, haciendo uso de nuestro más extendido derecho a una de las únicas soberanías nacionales

de que somos poseedores: la de criticarlo todo, y la de hablar sobre lo divino y lo humano, que es uno de los adornos ciudadanos que nos legó la generosidad española. Basta que alguien, de autoridad reconocida, vuelva sobre el rejo, como se dice, para que se alborote de nuevo la galería. Borges, por ejemplo, dijo en su reciente viaje a Colombia, cuando se le preguntó un concepto sobre la *María*: “¿Pero es que alguien lee todavía la *María*? Y la inocente pregunta fue suficiente para que volviera a “remecerse el guayabo”.

La verdad es que nadie se ha tomado el trabajo de encuadrar la *María* en su tiempo, tal como se hace hoy en la crítica literaria seria del mundo, para sopesar su verdadero valor, esto es, su valor dinámico en la vida de un pueblo, antes de su valor formal, que es el que ponen por delante “el burro delante para que no se espante”, los pseudo-estetas y pseudo-técnicos de la novela, como si de una obra se pudieran separar el continente y el contenido.

No es posible, lo repetimos, medir la *María* con la vara de la técnica novelística actual, ni aun como reiteración de la inveterada manera formalista con que los colombianos solemos, muy a la usanza de la caparazón confesionalista con que se nos ha cubierto, asomarnos al universo de la cultura, para medir nuestros valores de entre casa.

En oposición a ese criterio informante, y muy mal informante, la *María* ostenta mucho de culminación del vasto proceso de asimilación de lo nativista que alienta en la literatura colombiana desde sus expresiones alboreales, hasta llegar a ser, como lo es en efecto, el transplante del costumbrismo al plano de los sentimientos eternos del ser, lo cual le da la valoración y sopeso que le corresponden, así como el justo lugar que atañe a sus defectos, influencias y a todo aquello que en sus páginas nos parecía, equivocadamente, como lo fundamental para el despiadado ejercicio de nuestro rigor crítico.

¿No es, acaso, la *María*, por sobre toda otra consideración, un retrato realista, en la asociación emotiva y afectiva, de la vida de cualquier comarca aislada de nuestros países, y de cualquier comarca del mundo, sometida al *robinsonismo* del feudo? Aquello que tiene ocurrencia, como peso de vida esencial y universal, en un rincón idílico de Colombia, el Valle del Cauca, reproduce exactamente a la América Latina de entonces, carente de comunicaciones, sometida al ausentismo del “mundanal rüido” y al apabullante embrujo de lo lejano. Y allí donde las distancias establezcan ese espectante vacío entre los seres el resultado será igual en sueños, cavilaciones, ansias, esperas tenaces y prolongadas, recuerdos, anhelos por alcanzar lo que está “más allá” de los horizontes y peso de la noche sobre las existencias, pobladas de augurios medrosos o felices, pero palpitantes siempre. Por lo mismo, los seres están poseídos de intensa vida interior, de desgarradora sentimentalidad. Lo que las débiles vinculaciones de la vida de relación entre los hombres no dan en las vigencias económicas y sociales, lo llena la imaginación, que suele embellecerlo todo, en la vida interior de los seres, y es por ello que se ha dicho, y se ha dicho bien, que el romanticismo es de oriundez campesina.

Basta, pues, desprenderse de la crítica formalista, con asidero en el aire, para comprender que es esta compenetración de lo circundante, este marco desde el cual Isaacs echó la sonda novelar, lo que cuenta realmente en la *María* y lo que hace que ella sea una narración de sublimes acentos, que ha sido capaz de remover las fibras eternas del ser, en cualquier latitud de la tierra, e independientemente de modas, modos y épocas.

En su tiempo, la *María* representa una revolución en literatura, tanto como su autor es revolucionario en su acción como hombre. Cuatro años antes de la publicación de esta novela había tenido lugar la Constitución de Rionegro, que aún repercute en el país con sus profundos acentos humanitarios, que le permitieron decir a Víctor Hugo que se trataba de una "Constitución para un pueblo de ángeles", y que reflejan el entorno romántico que en lo filosófico y político acompañó la creación de *María*. Isaacs mismo es por entonces un político activo. Entre 1871-72 tiene un receso, como cónsul en Santiago de Chile, sin que se tenga noticia cierta de intervención intelectual suya en la capital del austro de América. A su regreso al país comienza en él un impetuoso proceso de asimilación política y, a la inversa de lo que habitualmente ocurre al intelectual colombiano, el Isaacs conservador de la juventud deriva con los años a los campos de nuestro peculiar liberalismo, tan diferente al de otros países de América. De esta manera, en 1876 le vemos en las toldas liberales de la guerra civil y a fines de ese año aparece como capitán en la batalla de Los Chancos.

Pero "mi capitán" no se detiene ahí. Revolucionario por su cuenta y riesgo, lanza sus ejércitos contra el presidente del Estado Soberano de Antioquia, Pedro Restrepo Uribe, lo depone y lo sustituye en el mando. Y ahí tenemos al autor de *María* como presidente de aquel Estado soberano, por cortos días napoleónicos, tasados por los ejércitos de los poderes centrales, que le derrotan en cruenta batalla, después de la cual se recoge en sus mantas de ciudadano civil. En la *petite histoire* de la literatura, que alienta tanto como la otra, se dice que dejó escrita la novela *Camilo*, que él reputaba superior a *María*. Pero en la historia de nuestras casas, esos papeles, cuando existen, van a los depósitos de la basura, en los días de esas tremendas tempestades familiares denominadas "limpieza", a las que debemos conservarles el más justificado pavor.

XXII — LOS ANTI-HUMANISTAS

Invoco a los hados benignos, porque no es mi propósito disgustar a nadie. Solo que como hombre que por su propia función intelectual debe analizar el material que se propone a su observación, enteramente desposeída de los prejuicios que, por acumulación, rutina y cosa juzgada, actúan en todas las literaturas, no sería de conciencia callar los resultados de sus cavilaciones, solo porque puede ocasionar molestias a quienes no se han tomado este trabajo y prefieren quedarse tranquilos, usufructuando de la refracción de "lo aceptado", la que, por lo demás, no quieren que nadie les toque, so pena de sentirse en el aire y, por lo mismo, soliviantarse contra el que tal desaguizado pretenda. Mas lo cierto es que, con toda la humildad del eterno aprendiz "gideano", sin humos de genio o cosa parecida,

cuesta mucho trabajo pasar a sus ojos como "humanismo", que así se ha convenido llamar en Colombia, esa cultura impersonalizadora, exótica, alejada del hombre, del medio social y de las preocupaciones vitales en las que vibra un país. Esa sabiduría libresca, extraordinaria por cierto, muy ducha en el conocimiento más que de las viejas culturas de los meandros del latín y del griego, pero en la que falta el hombre viviente, esto es, el colombiano medio y el de pie al suelo, de alpargata o de quimba, puede llamarse como se quiera, pero no es "humanismo".

El humanismo en la cultura del mundo es ese movimiento surgido al descongelarse la Edad Media que, si bien es cierto que tomó como ejemplo las culturas antiguas, y con ellas el idioma que de ellas venía actuando como instrumento de comunicación —el latín y el griego, el hebreo y el árabe— fue el hombre, el hombre raso, el común y corriente, el visible, el viviente, la preocupación esencial. La universalidad de conocimientos puede llamarse humanismo, pero siempre con referencia al hombre, punto medular de toda verdadera cultura, como en el caso de Leonardo D'Vinci. ¿Quién podría imaginar a un Erasmo o a un Vives, en tanto que "humanistas", desposeídos de la tremenda y trascendente preocupación por el hombre, que fue el norte de su obra y su vida? ¿Quién podría imaginar siquiera a un Dante, a nuestro modo de ver el primer humanista aparecido en Europa, preocupado por distribuir a la gente del escenario de su tiempo entre el infierno, el purgatorio y la gloria, sin tener como guía de su creación alegórica la unificación nacional, en la cual, según sus propias palabras, concluirían todas las desventuras del hombre del medioevo? ¿No fue el humanismo, acaso, el tránsito precisamente de la revelación medieval, con su desentendimiento del hombre, a la presencia de este, con todas sus consecuencias?

La palabra "humanismo" para designar la obra de cierta categoría específica del intelectual colombiano, colocado ideológicamente en un *tempo* anterior al del humanismo europeo, tiene todas las trazas de ser, sencillamente, una mosca cochera, y la crítica debe, está imperiosamente obligada, en honor del país, a cortarle las alas a esa palabra ebria de materias impuras.

Precisamente una de las tareas de la crítica literaria en Colombia es la de darle a los términos su valor adecuado, hurtándose al simplismo del consenso común que prefiere el rótulo que califica a un hombre, una obra, un movimiento, grupo o corriente, en lugar de entrar a desentrañar el contenido esencial de estos. Ponerle nombre a una cosa, tomando este de la cultura del mundo, ha sido siempre un modo pretencioso de pensar colombiano, pero que por desgracia deja de lado, sin control y sopeso, toda la peculiaridad nacional. Basta que alguien sea una eminencia para que se busque afanosamente encajarlo, a veces sin ton ni son, en los casilleros de la cultura del mundo, tal como ha pasado, *tout court*, con el humanismo.

Un colombiano eminente, Miguel Antonio Caro, es ejemplo patético. Tan eminente como sea (y lo es en efecto) no es un "humanista" en la acepción que acaba de ser descrita con palabras bien claras. Alguien podría decir que lo fue por la Constitución de 1886, bien sea señalándole su redacción, bien indicando que su inspiración le pertenece o, acaso, su dic-

tado directo. Allí está el hombre, el hombre colombiano, en un determinado sentido, al menos el de sus deberes y derechos para con el Estado y la sociedad en que vive. Y sea ella de nuestro gusto o no, es esa, de todos modos, una forma explícita del humanismo. Ello es verdad. Solo que lo medular de la obra de Caro, aquello que lleva el sello de su personalidad y la responsabilidad de su firma de autor, es decir, allí donde debe juzgársele en tanto que intelectual, se encuentra en la traducción del latín de las *Odas*, de Horacio y la *Eneida* de Virgilio; en el *Tratado del participio* y la *Gramática de la lengua latina*, en participación con Rufino José Cuervo, lo mismo que en algunas creaciones poéticas, de las cuales la más considerable es la intitulada *A la estatua del Libertador*, verdaderamente hermosa. Lo medular de Caro está en su cultura, íntimamente desarraigada del hondón nacional; en su dominante destreza parlamentaria; en cierta mordacidad de su personalidad, expresada en frases quemantes que aún se recuerdan en el país, y, por sobre manera, en haber sido a todo lo largo de su existencia árbitro incontrastable de la praxis política colombiana. En el "humanismo", Dios me perdone, estaba tan en quimbas como el pobre ser colombiano que no mereció su altísima inspiración literaria.

José Manuel Marroquín es otro "humanista" a la colombiana. Sus novelas *El moro* y *Blas Gil*, el *Tratado de ortografía*, *La perrilla*, sus artículos de costumbres, su obra *Pax* contra la nueva poesía de su tiempo, no permiten calificarlo de tal. Su preocupación poética por el tropiezo constante en la vida (*La perrilla*) y su semi-balzacsiana concepción del dinero (novelas y artículos de costumbres) podrían acercarle a un humanismo más o menos solvente. Pero la realidad es corrosiva: Marroquín es presidente de la república cuando tiene lugar la pérdida de Panamá. Ante el inmenso dolor que cubre al país, el historiador Luis Martínez Silva, amigo íntimo de Marroquín, acude a palacio, ansioso por saber lo que viene en seguida, para poner a salvo la dignidad nacional. Encuentra al primer mandatario repandigado en el sillón de Bolívar, embebido en la lectura de *Atala*.

—¿Cuál va a ser ahora, presidente, la política que seguirá su gobierno?, —le inquiera el historiador—.

Y el dicaz autor de *La perrilla*, responde:

Ahora solo tengo una gran preocupación: conocer el desenlace de esta endiablada novela.

Fue esta, tal vez, la única oportunidad grande que tuvo de mostrar su verdadera fibra humanista, en el ejercicio de su doble misión de presidente y de intelectual. Pero en aquella ocasión... "no pudo coger tampoco, al maldito jabalí".

XXIII — DOS HUMANISTAS

Es digna de ser admirada la persistencia de las dos corrientes que alternan en la historia de nuestra literatura, en el caso de la serie de los humanistas, solo comparable a la admiración que nos causa el silencio de

sus historiadores y críticos ante estas dos fuerzas, no diferentes sino redondamente antagónicas. Para demostrarlo, solo bastaría con citar dos humanistas (humanistas por el contenido de su obra) Santiago Pérez Triana y Rufino José Cuervo, como los más conspicuos representantes de esta forma específica de encarar los problemas nativos. En Santiago Pérez tanto el *Manual del ciudadano* y el *Tratado de economía política*, como sus obras teatrales *Jacobo Molay* y *El castillo de Berkeley*, sus poesías y fábulas, (entre las que es antológica *El avaro y el envidioso*) son comprobantes de que su preocupación intelectual es, justamente el hombre colombiano, y ella fue asimismo la preocupación de su vida pública. Como político, convencional de Rionegro, constitucionalista, economista, orador, diplomático, periodista, educador, dramaturgo y como presidente de la república, este hombre de origen humilde solo tuvo como norte de su vida el difundir en el país las ideas democráticas. Y si no deja la obra que corresponde a esta actividad humanista, ello es debido a la misma pluralidad de su acción. Desterrado por el presidente Miguel Antonio Caro, muere en París, a los 70 años de edad.

Con todo, hay alguien en Colombia que reúne las condiciones de humanista, en grado excelso, no solo de su período sino de cualquier otro tiempo de la historia del país. Es este Rufino José Cuervo, acaso el único colombiano universal de que podemos ufanarnos. Partiendo de la investigación académica termina Cuervo por irse en profundidad y extensión, al entrar, desde el campo filológico, al conocimiento de la humanidad, cálida en sus idiomas y organizaciones sociales. Bucea, inquiere orígenes, desentraña. No se queda en la cáscara. Encuentra al través de sus intensos estudios, de sus profundos análisis, la unidad del hombre, por lo que sus indagaciones constituyen una especie de "sociología del lenguaje", por muchos aspectos.

Su obra monumental, el *Diccionario de construcción y régimen*, en la que rastrea el origen de los vocablos del español al través de todos los idiomas conocidos, antiguos y modernos, es una de las creaciones mayores del ingenio y la inteligencia colombianos. A su muerte, el *Diccionario* quedó en la letra F, habiendo dejado un fichero, comprobante de su espíritu científico, de cerca de cien mil tarjetas, trabajo que adelantó solo en París.

Durante sus largos años de residencia en la capital de Francia, gran parte de su tiempo era empleado en responder a las consultas que solían formularle los polígrafos de Alemania, España y otros países. Justamente, Marcelino Menéndez y Pelayo mantuvo con él en este período copiosa correspondencia, en la que Cuervo resolvía las dudas del español. Por cierto que posteriormente vino a saberse que muchas de las lecciones de este en su cátedra de árabe de la Universidad de Salamanca eran repetición de las cartas del sabio colombiano.

Señalada importancia tiene asimismo en su obra las *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*. El conjunto de su construcción, verdaderamente considerable, es por sí mismo un monumento literario, y una herramienta de primer orden para la literatura colombiana y universal.

Está haciendo falta el estudio a fondo de lo que fue el positivismo en América Latina, en un momento dado de su desarrollo intelectual y político, tanto más importante cuanto que difiere en su carácter virtual del influjo que tuvo en Europa.

Para nosotros, el positivismo fue algo así como una aparición largo tiempo esperada, que vino a ratificar, respaldar, infundir nueva fe a los espíritus libres, continuadores de la obra de aquellos que desde los albores de la Independencia, y desde antes, se alzaron en lucha contra la cerrazón ideológica empotrada en nuestros países por la transculturación española.

El oscurantismo tuvo en los postulados del raciocinio positivista su mayor enemigo, a la vez que este se prestó, por su esencia misma, para el avance en la solución del más importante de los problemas que tiene planteados el hombre de América: el de la adaptación o enraizamiento a un suelo, con todo cuanto ello significa en su consecuencia social .

Tiene que ser esta la razón de más peso para que no exista país de los nuestros que se hubiese hurtado a este influjo benéfico, por lo cual aparece como uno de los componentes con que debe contarse en el estudio y análisis de las corrientes, agrupaciones, partidos políticos y, por ende, de los movimientos literarios y las posiciones intelectuales de avanzada, en un período muy largo que cubre incluso las primeras décadas de la presente centuria.

En Colombia puede decirse que no hubo mentalidad democrática que no enfilara, de una u otra manera, en las huestes del positivismo comptiano durante el último tercio del siglo pasado, con la circunstancia (aquí y en otros países) de que a falta de orbitaciones propias en la cultura, él se vertió casi por entero en el ejercicio ideológico de la política.

Fue esa la luz que alumbró a un Salvador Camacho Roldán, figura de nota de la "Sociedad democrática" y por lo mismo de los acontecimientos de 1849, al lado del artesano Ambrosio López, movimiento que fue ya, virtualmente dicho, una reacción contra la normación escolástica de la sociedad colombiana.

La producción de Camacho Roldán como sociólogo, crítico literario, economista, hacendista, magistrado, estadístico, se distingue claramente por su intención y preocupación nacionales. Esta orientación se hace objetiva, igualmente, en sus narraciones de viajes. Sus *Obras completas*, en tres grandes volúmenes, son acervo muy rico para la exploración de las particularidades que adopta el positivismo en América. Un ensayo de este autor, el relativo al estudio de las causas de la Independencia, es sorpresivamente importante por su fundamentación económica.